

La vida es cuento

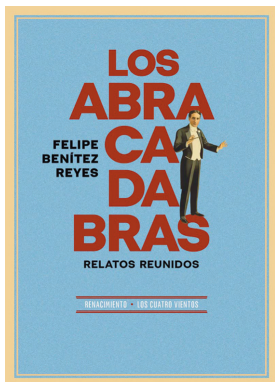
Felipe Benítez Reyes reúne en 'Los abracadabras' cuatro décadas de narrativa breve

El de Felipe Benítez Reyes es un caso muy poco frecuente de escritor capaz de sobresalir en todos los géneros que practica: poesía, novela, relato, articulismo, traducción, teatro y hasta canciones. Bien, pues a pesar de esa versatilidad, su enorme categoría, de sus innumerables y evidentes méritos, que le han valido, entre otras distinciones, un Premio Nacional, es menos conocido por el gran público de lo que sin duda merece.

La editorial Renacimiento acaba de presentar la tercera y hasta el momento definitiva edición de sus cuentos completos, *Los abracadabras*, una colección de obligada lectura para cualquier aficionado al género. Reú-

ne más de un centenar, escritos a lo largo de cuatro décadas. Como se imaginan, en un volumen de esas características lo primero que cabe destacar es el carácter disperso y heterogéneo de la colección, la amplísima variedad, temática y de registros.

Sus primeros acercamientos (*Un mundo peligroso*, *Maneras de perder*) incluyen ejercicios de estilo de lo más diverso. Historias que, partiendo de situaciones más o menos cotidianas, van derivando hacia el absurdo, la fantasmagoría o la mera humorada, siempre a partir de un punto de vista original e inesperado, y de una prosa juguetona, chispeante. En el imper-



Un centenar de relatos escritos en una amplísima variedad de registros

dible *Cada cual y lo extraño*, de fondo más nostálgico y hasta melancólico, parece haber un cambio de registro. Se intuyen elementos autobiográficos que de algún modo le "obligan" a un tratamiento más convencional y realista.

Tras ese *impasse* vuelve al funambulismo y el derroche imaginativo habituales con *Por regiones fingidas*, un juego de espejos articulado a partir de piruetas manieristas que le llevan a imitar la estructura y el tono de subgéneros como el apólogo árabe, el

cuento chino, el de Navidad, la fantasía kaffkiana, el episodio bíblico, y así. En un último añadido se incluyen piezas de carácter más misceláneo: miniaturas, informes, *collages* y hasta un "surtido de sueños ejemplares".

Ante la ya explicada dificultad para señalar un elemento cohesionador, el carácter unitario de estos relatos viene dado por la mirada desinhibida, el tono desenfadado y casi siempre festivo, nada solemne, o el uso de un humor paradójico y sofisticado. Por eso no parece casual la elección

de ese título de reminiscencias cabalísticas. Tampoco que ilustre la portada con la figura de un mago. Y es que hay en estas páginas mucho de prestidigitación y efectismo, de juego de manos, de trabajada fascinación... También cierta querencia por una variedad de surrealismo que funciona como marca registrada, una ingeniosa y calculada inverosimilitud que, en ocasiones, aunque sin pasarse de rosca, roza el estrambote.

Miguel Artaza

¡El autor, el autor!

Un inclasificable cachivache de Juan Manuel Gil entre la hagiografía y la auto parodia



Una parodia de la autoficción, la literatura del yo, lo meta narrativo

Juanma, el protagonista y narrador en primerísima persona de esta novela, es escritor. Nos lo recuerda cada pocas páginas, para que no se nos olvide. Y ha ganado un premio, eso también lo dice mucho, así que ya es poco menos que Proust. Juanma es un fetichista de la palabra escrita y el mejor

publicista de sí mismo: hace gala de un entusiasmo invencible, solo habla de lo suyo, piensa en la posteridad... Juanma, digámoslo claramente, está poseído por la literatura. A pesar de las escasas ventas, del inexistente eco de lo que escribe y la pequeñez de su fama, él ejerce de escritor 24/7.

En realidad es un manipulador y un embustero, un divo sin público que se las da de letrado y anda por la vida repartiendo lecciones y espantando amigos. Un pedante, valga el juego de palabras, de libro. En términos puramente literarios hablaríamos de ombliguismo agudo. Su mujer le ha dejado, por insufrible; la familia apenas lo soporta —¿por qué no puedes ser normal?—, le preguntan—; se lleva regular con el perro y la única que muestra un relativo interés es su psicóloga, nos tememos que por motivos estrictamente profesionales.

Porque lo de Juanma es grave. Así, a ojo, padece de trastorno obsesivo compulsivo, megalomanía, tendencias psicopáticas... Pero él no puede evitar ser tan novelero, percibir la realidad a su manera, conducirse como si estuviera permanentemente encima de un escenario, representando una obra escrita y dirigida

por él. Y claro que se sabe distinto. Un genio, por qué no decirlo, que enfrenta la vida con la actitud del teórico ante el hecho artístico.

Ahora está un poco parado ("el bloqueo del escritor", repite), pero no puede dejar de tener ideas ocurrencias y ya amenaza con una nueva obra maestra. A su vecina, a la que acosa porque intuye ahí una historia, le dice que está documentándose. "Escribir no solo es escribir", le suelta a la psicóloga, haciéndose el interesante.

Con la excusa de su ajetreada búsqueda de un tema para su próxima novela (¿esta?) Juanma nos endilga un farragoso y largo, larguísimo auto retrato. Porque,



al fin y al cabo, esa búsqueda parece ser el tema central de *La flor del rayo* (Seix Barral), un argumento con menos tensión dramática que sentarse a ver crecer la hierba. No estamos seguros pero suponemos que Juan Manuel Gil pretende hacer parodia de la autoficción, la literatura del yo, lo

meta narrativo... Pese a los ocasionales ramalazos de humor, le sale solo a medias. A menudo, eso sí, por boca de Juanma acaba incurriendo en casi todos los vicios que esta clase de escritura parece propiciar: solipsismo, afectación o grandilocuencia, entre otros.

M.A.